

## ***Las Huellas de la Shoá***

Autor: Hernán Sharpe

*“Suponer que los autores del holocausto fueron una herida o una enfermedad de nuestra civilización y no uno de sus productos, genuino aunque terrorífico, trae consigo no sólo el consuelo moral de la autoexculpación sino también la amenaza del desarme moral y político.”*

*-Zygmunt Bauman, Modernidad y Holocausto*

*“Vigilante, ¿Qué hay de la noche?  
Tantas víctimas en tantos lugares necesitan ayuda.  
Necesitamos, por sobre todo, ser sacudidos  
Fuertemente de nuestra indiferencia,  
La mayor fuente de peligro en el mundo.”*

*-Elie Wiesel, Sacudirse la indiferencia*

### **Introducción**

En el estudio de la Shoá, existe una pregunta clave, la más básica de todas, que deja atónitos no sólo a los estudiantes que se enfrentan al enigma del Holocausto sino a los propios historiadores y sociólogos que tratan de analizarla: **“¿Cómo pudo suceder?”**. Mirando hacia atrás, la misma educación primaria que recibí dejaba mucho que desear cuando esta pregunta se hacía visible, y cuanto más surgía, yo sólo me encontraba con más preguntas y más zonas grises, más adultos que respondían únicamente describiendo lo indescriptible. Pero a mi educación volveremos luego.

Con este ensayo quise romper ese muro, y encontrar por fin una posible respuesta. Me sorprendí al descubrir que, aunque haya un debate feroz entre los historiadores, las explicaciones abundan y, al leerlas, resultan lógicas de un modo aterrador. Comprendí que la dificultad no está en explicar la Shoá en sí, el cómo y el por qué – la respuesta histórica y sociológica, complementando la una a la otra – sino en aceptar esa explicación. Comprender que la Shoá fue un episodio que sucedió hace tan poco a pesar de lo difícil que es creerlo, que el exterminio en masa de los judíos y otras etnias fue una reacción premeditada y racional dentro de una sociedad civilizada que fue decayendo en la barbarie en un contexto que, por más absurdo que parezca, tiene sus orígenes en siglos de prejuicios y generalizaciones. La idea misma de inserción de la Shoá en el cuadro de una sociedad civilizada, en una fase avanzada de la modernidad, es tan horrible que varios prefieren ignorarla.

Mientras avanzaba en el estudio de distintas teorías, me vi obligado a reflexionar por primera vez sobre la educación que recibí sobre la Shoá y me tuve que preguntar qué aprendí de todo eso. Comparándolo con lo que descubrí durante la investigación para este trabajo, llegué a una conclusión triste: nada. La enseñanza de la Shoá sirve poco y nada a menos de que haya una

reforma importante en la manera en que se transmite. Hoy en día, cuando las pocas víctimas que (sobre)vivieron van falleciendo y los historiadores que la niegan ganan popularidad, es necesario un cambio radical en su transmisión. Pero para explicar por qué, deberíamos tener una idea básica del por qué de la Shoá, que fue, desde el principio, el objetivo de este trabajo.

Pero antes, me veo obligado a dejar una aclaración: de ningún modo este trabajo intenta quitarle la responsabilidad a quienes cooperaron activa o pasivamente con la Shoá, dibujándolos como víctimas del proceso civilizador; el hacer una apología a un exterminio en masa resulta paradójico, al intentar uno defender lo indefendible. La Shoá fue lo que fue, y yo simplemente busco ponerle nombre a las cosas e intentar responder la pregunta del cómo Shoá y por qué Shoá. Del mismo modo, no presento esto como una verdad absoluta: como bien dijo el historiador Dan Diner, la imposibilidad de imaginar un suceso tan inconcebible como la Shoá trae un problema epistemológico al intentar explicarla utilizando las herramientas de racionalización del historiador. La siguiente recopilación de ideas son algunas teorías de los procesos y mecanismos que permitieron que suceda algo que aún hoy nos resulta inconcebible.

### **El antisemitismo europeo: desde Ricardo Corazón de León a Goebbels**

El motivo más evidente para explicar la Shoá es, lógicamente, el feroz antisemitismo europeo. Sin embargo, es difícil explicar un mecanismo tan complejo simplemente a través del resentimiento hacia los judíos, por más tentador que resulte hacerlo, evitando así la búsqueda de respuestas más profundas. Ciertos detalles dan cuenta de que el antisemitismo en sí no era capaz de sostener el peso de tal genocidio: por ejemplo, el hecho de que el antisemitismo alemán, hasta la llegada de los nazis al poder, era relativamente modesto en comparación con, digamos, el de los franceses o los españoles; o el hecho de que, si considerásemos que la Shoá fue la culminación del resentimiento hacia los judíos, entonces éste debió estallar de manera abrupta, como fueron los pogroms en la Europa Oriental (ni siquiera *Kristallnacht* en 1938 fue un acto espontáneo, por más que la SS pretendiera mostrarlo así), y no en forma de un exterminio masivo gestado eficientemente por el Estado. Para que esto último suceda, el discurso antisemita europeo clásico debió evolucionar y fusionarse con otras frustraciones de las masas, para convertir a esa figura extraña y ajena que era el judío del ghetto medieval en “la personificación del diablo como el símbolo de toda maldad” de la que hablaba Hitler en su *Mein Kampf*.

Debemos comenzar por el principio, por los orígenes del antisemitismo europeo. Tras ser exiliados de su patria, los judíos se asentaron en distintas puntas de Europa. Representaban una amenaza, en primer lugar, precisamente por la dificultad de encontrarles una categoría: no eran extranjeros porque no tenían patria, ya que su Israel se había convertido en Tierra Santa para los católicos, pero tampoco eran nativos. Y no eran paganos, ya que de sus enseñanzas nació el cristianismo; este hecho era una amenaza para la iglesia católica, ya que en cierta forma

eran padres del cristianismo, y rechazaban a Jesús como su Mesías. Por lo tanto, la iglesia justificó la resistencia a la conversión de los judíos difundiendo un discurso sobre su moral corrupta, su maldad por naturaleza.

Pero esto no era todo. Los judíos, mal vistos por la iglesia, fueron expulsados y masacrados en distintos lugares de Europa durante la Edad Media, comenzando probablemente por su expulsión de Inglaterra en el siglo XIII. Finalmente los judíos se vieron obligados a vivir en barrios privados, los círculos de hierro que damos a conocer como Ghettos. De allí, debido a su buen manejo de las letras (y la imposibilidad de poseer tierras o ingresar a universidades, entre otros motivos que impedían su ascenso social), comenzaron a cumplir distintas tareas de prestamistas o funcionarios. Pero principalmente se hace notar el rol de cobrador de impuestos, un intermediario entre el noble y el campesino. Así ganaron los judíos el odio de ambas clases: la nobleza los consideraba inferiores, al igual que sus sirvientes, sucios e incultos; y los campesinos, al no conocer en persona al noble a quién al fin llegaban sus impuestos, canalizaban su odio hacia el judío, que era a quién conocían en persona. Los judíos servían así como el escudo de la nobleza de la ira campesina, su chivo expiatorio, y a su vez el muñeco quitapenas de los campesinos. Esta característica del judío es lo que Zygmunt Bauman define perfectamente como el *grupo prismático*: cada sector veía al judío del otro lado de las trincheras.

Lo importante a destacar aquí es que, para la nobleza, resultaba demasiado fácil ubicar al judío como el centro de cualquier problema, precisamente por no estar directamente vinculado a ninguno, y no pertenecer realmente a ningún lado. Los judíos no tenían lugar en la lucha de clases, en la lucha por las tierras, en absolutamente ningún lado fuera del Ghetto. Así, resultaba fácil, supongamos, acusar al judío de envenenar fuentes y causar la peste negra. Esta característica siguió vigente incluso después de su emancipación: podía ser tanto un liberal como un bolchevique, según quién era el que lo acusaba y bajo qué circunstancia. De un lado de la frontera era quien financiaba la guerra, y del otro era un pacifista con malas intenciones.

Con la revolución francesa y el advenimiento de la modernidad, la integración social y la masificación causaron que estos dos conceptos del judío, contradictorios entre sí, choquen. El nuevo Estado consideraba al judío una peculiaridad de la Edad Media, que debía ser eliminada para establecer un Nuevo Orden. Pero esto no significó la exterminación de los judíos: más bien, su emancipación. Este proceso, paralelo a la modernidad, permitió que los judíos se integraran en la sociedad, y se separaran de sus viejas costumbres – así, eliminando su condición de judíos y resolviendo el problema. Pero los movimientos anti-modernistas interpretaron esto como si fueran los mismos judíos quienes destruyeron la Europa premoderna. Los judíos solían ser muy fáciles de reconocer por su aspecto inconfundible y su vestimenta, y ahora estaban integrados a la sociedad, disfrutando los mismos derechos que cualquiera: los judíos se convirtieron en símbolo de la incertidumbre de la nueva era.

En Alemania, especialmente, el boom económico de la segunda revolución industrial trajo consigo una decadencia moral en el espíritu germánico. El crecimiento económico de Alemania fue asombroso: en cuarenta años, la población creció estelarmente y la economía alemana quedó, mundialmente, sólo detrás de la de Estados Unidos. Pero mientras la alta burguesía crecía, las clases medias alemanas quedaron marginadas del plano político. Las ciudades se volvieron más grandes y más industrializadas, y a este sector no le quedó otra alternativa que lamentar la decadencia de la cultura germánica.

No resulta sorprendente, entonces, que este resentimiento de las clases medias se transformara rápidamente en un antisemitismo feroz, a su vez alentado por la alta burguesía. Los judíos alemanes disfrutaron la integración más plena de toda Europa: en el último tercio del siglo XIX, Berlín contaba con casi treinta veces más judíos que a principios del siglo. En el ámbito financiero, había en muchas ocasiones más judíos que alemanes; las universidades estaban llenas de judíos, y sólo unos pocos eran católicos o protestantes. Siendo solo el 1% de la población, dominaban el 7% de las riquezas en Alemania, y casi la mitad de los periódicos en Berlín. Esto es lo que veían las clases medias, y visto así, resulta fácil para un político anti-capitalista vincular al judío con el ascenso del capitalismo.

Este proceso es particularmente notable en Alemania, pero sucedía en toda Europa. Consideraban que el judío era sucio, avaro y malicioso: estos prejuicios eran muy útiles para la propaganda anticapitalista. Los movimientos anti-modernistas usaban esta idea del judío incluso antes de la segunda revolución industrial, cuando todavía creían posible el retorno de la monarquía al poder. Una vez garantizado que el nuevo orden no iba a desaparecer, apareció el socialismo científico, que no intentaba suprimirlo sino aceptar como irrevocable la transformación que trajo, y con ella progresar hacia una sociedad mejor en donde el progreso capitalista significara a la vez el progreso de la humanidad. Karl Marx, cuyo tío y abuelo eran rabinos, y él mismo provenía de una familia judía de la alta burguesía, originó y fomentó una nueva forma de antisemitismo. Según Marx, el papel que desempeñaban los judíos en la economía era importante, pero se debía eliminarlos si se quería formar una nueva sociedad: del mismo modo en que surgieron juntos, debían ser eliminados juntos. Es curioso que, aunque Marx haya escrito obras serias, complejas y profundas sobre el funcionamiento del capitalismo y sus huellas en la sociedad, sus críticas del judaísmo eran infundadas, propagandistas y, por poco, infantiles.

El antisemitismo alemán va aumentando paralelamente al crecimiento del sentimiento nacionalista alemán, cuando las clases medias resucitan los ideales alemanes del romanticismo del siglo XVIII: la supremacía cultural y su misión de recuperar la Alemania decadente. El establecimiento del Segundo Reich unificado por Bismarck, no compatible con la imagen de la Gran Alemania por la que luego luchará Hitler, y la incertidumbre de la nueva era industrial hace que los argumentos nacionalistas en época de crisis se hagan más vigentes que nunca. Así

es como el pueblo alemán se escuda tras el concepto de una superioridad racial, una raza aria. Es inevitable, entonces, que se forme paralelamente la idea de una raza inferior, que contraste con la raza aria y sea su enemiga. ¿Y quién mejor que el judío imaginario que se habían representado las clases medias alemanas?

Aquí yace la clave para la comprensión del antisemitismo alemán, el odio tan puro que se manifestó en el genocidio de un pueblo entero. No se debe a un odio concreto al judío, sino a lo que representaba para el pueblo alemán; no es el nacionalismo en sí sino el intento de ocultar lo débil que era la conciencia nacionalista alemana desde mediados del siglo XIX. El personaje del judío representa estos temores, aquellos procesos que impiden la misión alemana que se formó en la mente del pueblo, la modernidad y todo lo que trajo consigo. El judío en Europa nunca fue odiado por ser él mismo, sino que su imagen fue vinculada con distintos factores que perturbaban a las masas. En el caso de Alemania, la emancipación del judío, más exitosa allí que en cualquier otro punto de Europa, debía ser detenida para reestablecer la Gran Alemania, el Reich reunificado, la gloria perdida del pueblo alemán.

### **Shoá: el triunfo de la voluntad**

En el famosísimo documental de propaganda, promovido por Hitler, *Triumph des Willens* ('*El Triunfo de la Voluntad*'), la directora alemana Leni Riefenstahl muestra distintas escenas del congreso del partido nazi de 1934, en Nuremberg. Aquella misma película que despertaba un orgullo nacional en una sala llena de obreros alemanes, hoy resulta aterradora para aquel público que sabe bien qué pasó en los años posteriores. La película, cabe destacar, es una obra maestra cinematográficamente, completamente adelantada a sus tiempos. Ciertamente, en ningún otro film en la historia los nazis se vieron tan humanizados: hasta el mismo Hitler aparece amable y amistoso, dándole la mano a los campesinos y dando discursos ambiguos sobre la importancia de la unidad familiar y el orgullo del pueblo.

En una escena particular, al comienzo del film, se muestra las preparaciones de la Juventud Hitleriana en el primer día del congreso. Se los ve en un campamento, cortándose el pelo, jugando entre ellos, juntando leña. En el cine actual estamos acostumbrados a ver al nazi como la figura de la pura maldad, deshumanizado completamente y sirviendo únicamente el rol del villano por excelencia; pero viendo estas imágenes del film de Riefenstahl que, podríamos llegar a decir, son incluso más objetivas que cualquier película actual, ciertas preguntas se hacen más vigentes que nunca: ¿cómo pudieron llegar los nazis al poder? ¿Por qué nadie intervino durante el Holocausto, sabiendo perfectamente que seres humanos eran exterminados a tan sólo cuerdas de sus casas? ¿Cómo puede ser que tantas personas que podríamos aceptar por cuerdas y sanas, o, al menos, personas *normales*, puedan llegar a cooperar activa o pasivamente con un acto tan perverso e inhumano? Estas preguntas y otras del mismo estilo son las que intentaré responder a continuación, por difícil que resulte. La clave se encuentra en la humillación del

pueblo alemán durante el primer tercio del siglo XX, y más allá, de las consecuencias psicológicas y sociales del fascismo en los individuos.

Hacia 1914, al estallar la Primera Guerra Mundial, el odio entre los alemanes y los judíos pareció ser olvidado, siendo reemplazado por el fervor nacionalista de aquella guerra. Sin embargo, esto no pudo durar; hacia 1916, las esperanzas de ganar la guerra se iban perdiendo, y con ellas comenzó la búsqueda de culpables. En los siguientes años, nefastos rumores y conspiraciones acerca de la responsabilidad en los judíos en que Alemania haya entrado a la guerra y, eventualmente, de que haya perdido, se hicieron populares por todo el país. Como siempre, el aumento del sentimiento antisemita se manifiesta paralelamente al sentimiento de humillación y falta de identidad nacional que sienten las clases populares alemanas.

Tras firmar el Tratado de Versalles, en el que Alemania se veía fuertemente debilitada y, además, obligada a “admitir” su responsabilidad única en el estallido de la guerra, la República de Weimar reemplazó al Segundo Reich. Es aquí donde comienza, realmente, el proceso de “neurosis individual” que describe Alain Besançon: el desarme moral y político que causa que un hombre socialmente sano se vuelva enfermo, proceso que culminaría con el advenimiento del fascismo. La república tenía un poder político muy débil: era repudiado tanto por la extrema derecha como por la extrema izquierda, que constantemente manifestaban e intentaban tomar el poder a través de golpes de Estado fallidos. Ciertamente, Alemania era un caos: en 1923, se produjo la crisis económica más fuerte que conoció. Incluso las clases medias, protectoras hasta entonces de la tradición alemana y la moral cristiana cayeron en un proceso de derrumbe de sus valores; ya en este entonces, las masas veían en un futuro de tiranía y censura (como el que vendría en 1933) algo más positivo que la República.

Muchos judíos, en esta etapa crucial de la historia alemana, toman lugar en los movimientos de izquierda extrema, repudiados por la propaganda nacionalista. En los países comunistas, se podían encontrar varios dirigentes judíos al mando. El interés del judío con estas posturas debe provenir del idealismo mesiánico de su pueblo y religión, y el deseo de resolver el problema judío en Europa. El antisemitismo, ahora ligado al miedo al caos anárquico, comenzó a manifestarse a través de nuevos mitos, el más famoso quizás siendo el de “la puñalada en la espalda” que incluso menciona Hitler en su *Mein Kampf*. Sin embargo, varios judíos también estaban ligados al poder oficial en Alemania: además de controlar la gran prensa, los cargos más altos de la República de Weimar fueron ocupados por judíos. Aunque su influencia general había disminuido desde el siglo XIX, seguían estando muy presentes en el campo político.

Adolf Hitler, en esta etapa, estaba en prisión, redactando su libro. Tras servir de voluntario en la Primera Guerra Mundial, formó parte del Partido Obrero Alemán, y fue recibiendo cada vez más notoriedad en el mismo hasta retirarse del ejército y convertir ese movimiento en el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, que abreviamos con el nombre del partido Nazi. En 1923, lideró un golpe de Estado en Munich. Aunque éste fracasó, Hitler fue

sentenciado a tan sólo 5 años de prisión en vez de la cadena perpetua que se daba por tal delito, recibía un tratamiento privilegiado de los guardias y se convirtió en una especie de héroe nacional. En su *Mein Kampf* (*'Mi Lucha'*) habla constantemente de los judíos como los ejecutores de todo mal que jamás afectó a Alemania (*"¿Es que había un solo caso de escándalo o de infamia, especialmente en lo relacionado con la vida cultural, donde no estuviese complicado por lo menos un judío?"*), dijo ya en las primeras páginas). Pero, en especial, desacredita las diferencias políticas entre los judíos, y los agrupa en una sola categoría de conspiración mundial: *"Si el judío, con la ayuda de su credo socialdemócrata, o bien, del marxismo, llegase a conquistar las naciones del mundo, su triunfo sería entonces la corona fúnebre y la muerte de la Humanidad. Nuestro planeta volvería a rotar desierto en el cosmos, como hace millones de años"*.

Hitler, sin embargo, no fue el primero en hacer esto. Ya desde principios del siglo, venían circulando en Europa los *Protocolos de los Sabios de Sión*, un libro supuestamente escrito por judíos importantes detallando un siniestro plan de dominación universal. El hecho de que la conspiración fue desmentida ya en los años '20 no le quitó su popularidad entre los nacionalsocialistas (ni impidió que siga siendo un Best Seller en Irán hasta hoy en día). En este libro, se detallaba cómo los judíos llamaban a las revoluciones bolcheviques para eliminar a los Estados no-judíos, destruían las demás religiones para quitar el poder conservativo, y destruían las estructuras económicas y sociales tradicionales. Pero lo que más llamó la atención de los alemanes fue la supuesta propagación sexual de los judíos, para así contaminar la sangre germánica y quitarle su pureza racial. Nuevos mitos enfermizos surgieron, proclamando que los jóvenes judíos pasaban sus días violando mujeres y niños arios. Infinitos panfletos con rumores de este estilo circulaban por toda Alemania. La hostilidad hacia los judíos era mayor que nunca, y a fines de los años '20 los nacionalistas empezaron a reclamar las medidas que luego impondrá Hitler, como la segregación y la prohibición de los judíos en ciertas áreas. Los alemanes necesitaban un nuevo líder, alguien que reparara a la sociedad de su desintegración, que resucite la gloria del Reich y que sea capaz de combatir a la maldad pura en forma del judío. En 1933, Adolf Hitler asume el poder.

Pero no pretendo explicar cuáles fueron las medidas propagandistas y concretas contra los judíos durante el régimen nazi. Eso, de todos modos, ya es bien sabido. Lo último que queda por analizar no sería cómo se llegó a perpetuar la Shoá, sino qué efecto tuvo la ideología fascista sobre los individuos, permitiendo la cooperación tanto activa como pasiva en Shoá. En 1961, Eichmann fue capturado en Argentina y llevado a Jerusalén para ser enjuiciado frente a las autoridades israelíes. Su abogado fue el Dr. Servatius, que presentó una defensa que perturbó a los sociólogos y filósofos que alguna vez se embarcaron a estudiar la Shoá: Eichmann obedeció a órdenes ya que, de no cumplirlas, sería ejecutado, y de cumplirlas, sería honrado; además, Eichmann no hizo nada que no hayan hecho los vencedores con los nazis luego, argumenta

Servatius. Los vencedores cometieron atrocidades de tal magnitud como lo hicieron los nazis, y sin embargo no son moralmente condenados. Si se sacan de contexto las acciones, ambos son equitativamente inhumanos para la raramente cuestionada moral universal. Estudios realizados luego de la Shoá demuestran que casi cualquier miembro de la SS hubiera pasado los exámenes psiquiátricos del ejército de EEUU o de ingreso a la policía. Aún en prisión, Eichmann comenzó a redactar una autobiografía que lo revela como un funcionario decente, sano mentalmente (seis psiquiatras lo comprobaron en Jerusalén), de una familia respetable y de hecho, para nada antisemita. *"Yo no quería, pero las circunstancias y mis jefes me lo ordenaron y yo soy lo que soy, un funcionario obediente. Hubiera preferido otro destino cuyas consecuencias no me hubieran traído a juicio aquí. Pero la obediencia es sagrada"*.

Inmediatamente después, varios intelectuales decidieron seguir investigando la defensa del juicio de Eichmann. Hanna Arendt publicó, en 1963, su famoso libro *Eichmann en Jerusalén: Un Ensayo sobre la Banalidad del Mal*. El psicólogo Herbert C. Kelman habla de tres condiciones para que una atrocidad como la Shoá se pueda gestar sin despertar la inquietud moral de las masas:

- La **autorización** de la violencia (por órdenes oficiales de departamentos gubernamentales);
- Que estas atrocidades se cumplan dentro de una **rutina**;
- La **deshumanización** de las víctimas (a través del adoctrinamiento de una ideología).

La tercera condición ocupó ya gran parte de este ensayo. Para cumplir con las primeras dos, sin embargo, es necesaria tal lealtad a las autoridades como para no estimular al individuo a cuestionarlas. El sacrificio de la identidad se considera, en un régimen fascista, una virtud moral. Por lo tanto, se crea una situación paradójica en donde el individuo suprime sus valores morales y calla su conciencia como un acto moral. Aquí está la base de la indiferencia moral en la modernidad: la sustitución de la moral por la disciplina y el honor.

Incluso más a fondo: en 1962, estas tres condiciones fueron probadas por Stanley Milgram, en el experimento que revolucionó el mundo de la psicología. Los detalles del experimento, aunque muy interesantes, son irrelevantes para este trabajo. Lo importante son los resultados: un 65% de los hombres experimentados, sanos mentalmente, terminaron "dándole" descargas eléctricas mortales a una persona que desconocían y no podían ver pero sí escuchar (por tanto, deshumanizada), por el simple hecho de obedecer al hombre en chaqueta blanca que les decía hacerlo. El supuesto torturado no existía, pero se podían oír gemidos, gritos de ayuda y convulsiones, frente a los cuales los experimentados a lo sumo cuestionaban al encargado del experimento para luego continuar obedeciendo.

Quedó demostrado, entonces, cómo una persona cuerda puede llegar a torturar y matar a otra por el sólo hecho de obedecer. En el Tercer Reich, la lealtad era indispensable. Sin ella, la Solución Final no sería posible: los miembros de la SS no se volvieron locos sólo porque sus

actos no los condenaban gracias a las tres condiciones que mencionó Kelman. Los propios sobrevivientes de la Shoá dieron testimonio de que eran pocos los miembros de la SS temidos en los campos de concentración por su sadismo y sus actos abruptos de violencia, a pesar de lo que las películas prefieren mostrar. En el Tercer Reich, le daba lo mismo a un policía ser guardia de un banco y a un economista el director del mismo, que al policía ser guardia de un ghetto y al economista, el director.

Pero este no era el único problema al juzgar a los ejecutores de la Shoá. En los Juicios de Nuremberg, muchos nazis se defendían simplemente exclamando que no habían matado a nadie, sino simplemente ejercieron la función de, quizás, abrir la puerta del tren que llevaba a los judíos de Varsovia a los campos de exterminación, o incluso más desvinculado todavía, manejar las cifras del ghetto desde una oficina en el centro de Berlín. La desvinculación moral fue en parte lo que permitió la Solución Final, y aunque estaba mucho más presente en la Shoá que en cualquier otro momento, está presente siempre en nuestras vidas: sino, resultaría difícil explicar cómo una persona usa un teléfono celular que contiene Coltán en su interior, y sin embargo lamenta la matanza y esclavitud en Costa de Marfil, o compra unas zapatillas Nike mientras lamenta el trabajo infantil en Indonesia; y por qué no, en el contexto porteño, cuando una persona se queja de la inseguridad y luego compra partes robadas para su vehículo sin cuestionarse de dónde salieron. El proceso burocrático permitió que se diversificaran los roles en la Shoá a tal punto que nadie se sentía culpable de nada: eran simples peones obedeciendo las órdenes, y la misión que cumplían entre todos, sea de construir un muelle o exterminar un pueblo entero, era totalmente irrelevante.

Desde el punto de vista nazi, entonces, o desde el punto de vista objetivo de la burocracia, la Solución Final fue un éxito logístico y tecnológicamente: el triunfo de la voluntad. La burocracia no se interesa en los individuos, sino en la eficiencia. Aunque Hitler explicó en su obra que el Reich debía estar libre de judíos, nunca fijó un método. Cuando Eichmann dijo que quisiera que todo se hubiera resuelto de otra manera, no mentía: como encargado de logística, ideó varias soluciones antes que la exterminación masiva. Al principio, planteó un Estado Judío en otro punto de Europa, y cuando esto no fue posible, lo planteó en Madagascar; Hitler rechazó la idea no por el deseo de eliminar a los judíos de la faz de la tierra, sino por lo costoso que sería el transporte en barco. Finalmente, la Solución Final fue elegida como el método más rápido y eficaz para resolver el problema judío. Las cifras y planificaciones las manejaban los funcionarios de los distintos departamentos gubernamentales, que no relacionaban la atrocidad de la Shoá con su tarea rutinaria. El ideal burgués de la sociedad como un objeto administrable mostró en el Tercer Reich su peor cara, el colapso definitivo del ideal de progreso indefinido. La Shoá, como a veces se nos ocurre, no fue un retroceso en la civilización; como dijo el teólogo Richard L. Rubinstein, *“Tanto la creación como la destrucción son aspectos inseparables de lo que denominamos civilización”*. Fue, en realidad, la culminación de nuestra civilización, la

aplicación de tecnología moderna y administración moderna para reducir costos y llevar la eficacia al máximo.

Por último, me siento obligado a incluir la cita más honesta y brutal que encontré en toda mi investigación, del historiador Harry Feingold: *“[Auschwitz] fue también una extensión rutinaria del moderno sistema de fábricas. En lugar de producir mercancías, la materia prima eran seres humanos, y el producto final era la muerte, tantas unidades por día consignadas cuidadosamente en las tablas de producción del director. De las chimeneas, símbolo del sistema moderno de fábricas, salía humo acre producido por la cremación de carne humana. La red de ferrocarriles, organizada con tanta inteligencia, llevaba a las fábricas un nuevo tipo de materia prima. Lo hacía de la misma manera que con cualquier otro cargamento. En las cámaras de gas, las víctimas inhalaban el gas letal de las bolitas de ácido prúsico, producidas por la avanzada industria química alemana. Los ingenieros diseñaron los crematorios, y los administradores, el sistema burocrático que funcionaba con tanto entusiasmo y tanta eficiencia que era la envidia de muchas naciones. Incluso el plan en su conjunto era un reflejo del espíritu científico moderno que se torció. Lo que presenciamos no fue otra cosa que un esquema masivo de ingeniería social.”*

### **Transmitir la Shoá**

Una vez explicados los procesos históricos que se pusieron en marcha para permitirle el paso a la Shoá, uno debe sentarse y reflexionar respecto a lo que significa para uno mismo. De niño, se me enseñó el Holocausto de una forma que lo hacía parecer un acontecimiento específico en un contexto específico en un cuadro específico, desvinculado completamente de mi realidad. Me habían enseñado que la persecución de los judíos y los campos de concentración fueron el triunfo de un solo individuo, un tal Hitler, cuya genialidad desbordaba en la locura. Su éxito fue un acto barbárico inconcebible dentro de una sociedad aparentemente cuerda y sana por fuera, pero podrida por dentro. La Shoá, como tenía claro hasta hace relativamente poco, no fue una consecuencia de la modernidad, sino una aberración dentro de ella. La paradoja está en que, de ser una anomalía en una sociedad en etapa avanzada de la modernidad, se está implicando que una Shoá no se puede repetir, porque las condiciones que la permitieron fueron únicas; si fuera así, ¿cuál es la importancia de conmemorar la Shoá?

En el excelente cuento *Zapatillas*, del autor israelí Etgar Keret, el niño protagonista, cuyo abuelo ha muerto en la Shoá, se niega a ponerse unas zapatillas deportivas nuevas por ser alemanas; el niño previamente había visitado un museo del Holocausto, en donde escuchó un discurso de un sobreviviente que proclamaba que los alemanes seguían siendo los mismos de siempre y que todo producto alemán estaba hecho de la carne y huesos de judíos exterminados. El cuento termina en un tono macabro cuando el niño, tras jugar con las zapatillas puestas y meter un gol, felicita al abuelo (las zapatillas) por el gol y vuelve feliz a su casa. El niño, que

siente tal conexión con el Holocausto al punto que considera una foto de un sobreviviente cualquiera la de su abuelo, es advertido por el sobreviviente, algo demente sin duda, que debe acordarse de todo lo que dijo por el hecho de que los alemanes siguen existiendo y tienen su propio Estado. De ser así, el niño se permite dejar de lado Alemania por su lejanía física, y no llega a reflexionar el significado de la Shoá para él, conscientemente olvidándose de la importancia de la Shoá. Sería difícil, en mi opinión, culpar al niño por su ignorancia; yo crecí alrededor de tales discursos e ideas, e inconscientemente veía al Holocausto como el dibujo de una demencia temporal a gran escala. Cuando se habla de lo que sucedió “allí” en tiempo pasado, por culpa de “ellos”, uno se siente a salvo de la historia y se crean muros entre la realidad y el acontecimiento histórico, quizás el más importante del siglo por su catastrófico mensaje, que llega a nuestro oído intermitente.

Por lo tanto, creo que es necesaria una reforma educativa en la enseñanza de la Shoá, tanto en el marco judío como en el no judío. Se debe, en primer lugar, mostrar la universalidad del hecho, es decir, el hecho de que es un acontecimiento demasiado grande e importante para afectar sólo a los judíos. No digo que se debe sacar el énfasis de la Shoá de que fue una tragedia que atentaba particularmente hacia el pueblo judío, sino que el hecho de que atentó contra los judíos fue el desencadenamiento de varios factores distintos a lo largo de la historia: como expliqué anteriormente, no fue el judío en sí quien fue perseguido, sino el mito judío, un personaje propagandista que cargaba en sí todos los males que perturbaban a la sociedad europea y particularmente a los alemanes. Más allá de a quién afectó, lo importante fue qué lo permitió: incluso hoy en día, la eficiencia, reducción de costos y la sagrada ley de oferta y demanda juega un papel más principal en las finanzas y la burocracia que el bienestar de la humanidad, permitiéndole dormir de noche a los dueños de cuentas bancarias en Zürich mientras el tercer mundo agoniza.

Ahora bien, si podemos aceptar que la exterminación de los judíos no fue por el odio a los judíos en sí, sino por el odio a factores ajenos *canalizados* hacia los judíos, entonces podemos desvincular la Shoá de la historia judía. De nuevo: no pretendo decir que la Shoá no fue un episodio clave en la historia judía ni que fue un muestra de odio hacia los judíos en particular, sino que no se debe dejar la Shoá dentro del marco del judaísmo, ya que una catástrofe tan masiva es demasiado grande incluso para el pueblo judío, que sufrió tantas persecuciones a lo largo de los últimos 2000 años. Si esta vez los temores y las frustraciones de los alemanes fueron aliviados eliminando a los judíos, en otro contexto y en otra sociedad, el odio se puede canalizar hacia otra etnia, clase o grupo social.

Se me enseñó, a mí y a tantos otros, a aceptar a la Shoá como el episodio más reciente en una serie de tragedias de la historia judía, y se me enseñó que de no conmemorarla y transmitirla, se podría repetir. Pero la Shoá, en este punto ya deberíamos acordar, no fue el estallido del odio al pueblo judío, sino una mezcla de factores improbables que reveló una cara

monstruosa de la sociedad. Sí, podríamos volver a ver esa cara, pero debemos romper el mito de que la historia se repite; en todo caso, encuentra la manera de volver a presentarse de una forma incluso más monstruosa que la anterior, dispuesta a demostrar que no hemos aprendido nada del pasado.

Tomemos un buen ejemplo: el miedo a una revolución comunista por parte de los triunfantes de la Primera Guerra Mundial fue en parte la razón por la que Alemania pudo recuperarse y, finalmente, el totalitarismo se volvió a manifestar en la cara del fascismo. Del mismo modo, si enseñamos la Shoá con el objetivo de proteger al pueblo judío, ¿no podría suceder que una Shoá hacia otro grupo minoritario tome lugar en el mundo sin que reaccionemos, quizás incluso sin darnos cuenta? De hecho, raramente se vincula a la Shoá con los otros genocidios masivos que tomaron lugar *luego* la Segunda Guerra Mundial: en Bosnia, en 1995, soldados serbios masacraron 200.000 personas, entre ellos 12.000 niños, además de alrededor de 50.000 mujeres violadas y otros dos millones que tuvieron que huir de sus hogares. En Rwanda, los Hutus en el poder masacraron entre medio millón y un millón de Tutsis en la Guerra Civil. No pretendo comparar estos genocidios, pero si pretendo mostrar que aún hoy en día, minorías en todo el mundo son masacradas por motivos irrelevantes de poder y discriminación. Y mientras conmemoramos la Shoá, muchos de nosotros nos dejamos llevar por la indiferencia y callamos frente a acontecimientos horribles e inexplicables, por el hecho de ser ajenos a nosotros.

Como bien explicó Bauman: *“Para entender como fue posible semejante ceguera moral [en la Shoá] nos puede resultar útil pensar en los trabajadores de una fábrica de armamentos que celebra el “aplazamiento del cierre” de su fábrica gracias a que se han producido nuevos pedidos mientras, al mismo tiempo, lamentan sinceramente las matanzas entre los etíopes y los eritreos. O pensar en cómo es posible que todos consideremos que una “caída de los precios de las materias primas” es una buena noticia al tiempo que nos lamentamos sinceramente de que en África haya niños que mueren de hambre”*. El verdadero factor que puede permitir una nueva Shoá, contra el que debemos luchar constantemente en nuestras vidas, no es el antisemitismo (esa es otra lucha, en todo caso), sino la indiferencia, la raíz de todo conflicto. Quizás el poema de Elie Wiesel lo dice mejor: *“En efecto, recuerda: la opuesto al amor no es el odio sino la indiferencia. / Lo opuesto a la fe no es la arrogancia sino la indiferencia; / lo opuesto a la cultura no es la ignorancia sino la indiferencia; / lo opuesto al arte no es lo horrible sino la indiferencia. / Y lo opuesto a la paz es la indiferencia / a ambas, a la paz y a la guerra, / indiferencia al hambre y a la persecución, / al aprisionamiento y a la humillación, / indiferencia a la persecución y a la tortura”*. No podría tener más razón.

Lo único que puedo proponer para esta lucha y para la educación de la Shoá es incentivar. Incentivar la educación, la lectura, la investigación a fondo de la Shoá y de los acontecimientos actuales. No debemos aislar en el tiempo a la Shoá. La debemos ubicar en el

eje histórico de nuestras vidas, tanto de nuestro pueblo como de la humanidad entera. No debemos dar por sentado qué pasó y por qué: la Shoá es infinitamente más compleja que la foto de un niño en pijama de rayas. Estas tácticas de terror quizás sirven para grabarle la Shoá en la mente al estudiante, pero no para que muestre interés en comprender por qué sucedió tal cosa y que es lo que realmente debe hacer para evitar que vuelva a suceder. El estudio de la Shoá se vuelve un abstracto, una lucha contra un enemigo que cesó de ser una amenaza real hace más de 60 años.

La juventud de hoy protagonizará la historia de mañana. Es fundamental, entonces, transmitirle las tragedias del pasado para que puedan anticiparse a las latentes del futuro, y evitarlas. Como dijo Eduardo Galeano, *“La historia es un profeta con la mirada vuelta hacia atrás: por lo que fue, y contra lo que fue, anuncia lo que será”*. Las dictaduras fascistas que se sucedieron en la post-guerra, incluso si no produjeron tantas muertes de un modo tan espantoso y premeditado, trascendieron más allá de la Shoá a un nivel mucho más morboso y complejo. *A pesar* de lo que pasó en los años del Tercer Reich, por presentar un ejemplo, los Estados Unidos (cuyos tanques aparecieron como el mesías liberando al pueblo de Israel en los ghettos de la Europa bajo el dominio nazi) estuvieron siempre dispuestos a financiar dictaduras y contra-revoluciones por todo el mundo para detener, por sus intereses políticos y económicos, el avance del comunismo. Mi abuelo, desaparecido en la dictadura militar de los '70 aquí en Argentina, pagó entre otras razones por cargar el nombre Jacobo, y fue tratado más violentamente una vez que los militares que irrumpieron en su casa vieron los libros judaicos en su biblioteca. Él formó parte, finalmente de aquel 10% judío de los 30.000 desaparecidos, a pesar de que los judíos sólo representaban el 1% de la población argentina. Incluso hoy, 500 niños permanecen desaparecidos, y el proceso judicial demora en imponer un castigo a los responsables.

Muchos pensarían que me estoy yendo de tema, pero no es así. La Shoá quizás fue un éxito para la burocracia, pero fue un fracaso en todas sus formas: no sólo un fracaso humanitario, mostrando lo peor de lo que es capaz de hacer nuestra sociedad moderna, y un fracaso para los mismos nazis que dejaron con vida otros 13 millones de judíos – resultó también un fracaso para la historia, que claramente no logró que aprendiéramos algo de ella. Lo anterior sólo da prueba de esto. El tema por el que pasa este trabajo es el ser judío hoy y la Shoá. Pues ambos están bien ligados, pero en el sentido tradicional resultan un poco contradictorios. La Shoá ya sucedió. Ser judío hoy es actual, es ahora mismo sobre la tierra que pisamos, y es por la opresión en nuestra misma sociedad y contexto histórico contra la que debemos apuntar. Hace tres siglos los judíos europeos, antepasados de la mayoría de nosotros, judíos argentinos, salieron de sus ghettos medievales. No nos volvamos a encerrar dentro de ellos. Reclamemos justicia, por todos aquellos, judíos y no judíos, que agonizan en el mundo por la culpa de la indiferencia.

En la década de los '90, aquí en nuestro país, dos tragedias importantes afectaron al pueblo judío cuando, con una diferencia de tan sólo dos años, estallaron la embajada de Israel y la AMIA, respectivamente. Los atentados fueron dirigidos hacia Israel y el pueblo judío, pero fue también una tragedia argentina, porque demostró nuevamente la impunidad judicial en nuestro país. Aquí es donde la lección de la Shoá debe resurgir, dónde tenemos que reconsiderar nuestra responsabilidad como judío hoy, como ciudadano hoy, como persona hoy. Tanta verdad tenía el póster en memoria de los atentados, que mostraba la ecuación “ $85+22=6.000.107$ ”, sumando los muertos en los atentados a los 6.000.000 de judíos a quienes se les quitó la vida en la Shoá.

Por último, propongo esta reflexión final: la filósofa Silvana Rabinovich propuso, una vez, que la memoria sería como una especie de sexto sentido, que se llega a manifestar por los otros cinco. Así, la pérdida de la memoria política implica en sí una pérdida del sentido de la política, y por tanto su ineficiencia total. Todos recordamos la Shoá, pero en un sentido abstracto, como el niño en la historia de Etgar Keret. A la juventud, por cómo se enseña la Shoá, le resulta difícil ubicarla en el plano físico de la persona, ese “sexto sentido” del que habla Rabinovich. Una reforma educativa sería indispensable para permitirle a la juventud esa reflexión que es tan indispensable para comprender realmente las huellas de la Shoá hoy en el mundo en que se ven obligados a convivir. Estaría bueno que, algún día, los niños no tengan que crecer escuchando las supersticiones de pueblos enemigos y fanáticos de la guerra alrededor de los que yo crecí, y en vez de luchar contra molinos de viento sean capaces de identificar y luchar contra la discriminación y la opresión. La Shoá es el resultado de la indiferencia. El día en que la educación logre captar el interés del alumno para entender esto, y así eliminarla, sin lugar a duda estaremos más cerca de lograr una sociedad mejor.

### **Bibliografía:**

- Algazi, Isaac S. (1979). “Breve historia del pueblo de Israel”, en *El Judaísmo: Religión de Amor*, Ediciones Sigal, Buenos Aires, pp. 33-49
- Bauman, Zygmunt (1989). *Modernidad y Holocausto*, Ediciones Sequitur, Madrid
- Diner, Dan, (1992). “Comprensión histórica y contrarracionalidad: el *Judenrat* como ventaja epistemológica”, en *En Torno a los Límites de la Representación: el Nazismo y la Solución Final*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, pp. 199-218.
- Friendlander, Saúl (2004). *¿Por Qué el Holocausto?*, Ediciones Gedisa, Madrid
- Galeano, Eduardo (1973). *Las Venas Abiertas de América Latina*, Vigésima tercera edición, Ediciones Catálogos, Buenos Aires
- Hitler, Adolf (1925). *Mein Kampf* (fuera de circulación)
- Keret, Etgar (1994). “Zapatillas”, en *Missing Kissinger*, 2da. Edición, Ediciones Emecé, pp. 87-89

Madariaga, Abel [editor] (2005), “Memorias, ¿Para qué?”, en *El Porvenir de la Memoria*, Abuelas de Plaza de Mayo, pp. 35-37

Sayavera, Paula, “El Peligro de la Obediencia”, en *Magazine Keidsein*, nº 20, 2007

Tertsch, H., (05/03/2000), *El ‘relojero’ del Holocausto*, Diario El País

*Triumph des Willens* (“Triunfo de la Voluntad”), Leni Riefenstahl-Produktion. 28 de marzo de 1935. Blanco y negro. 114 min.

Wiesel, Elie (1988). *Los Seis Días de la Destrucción*

Yad Vashem, *Enciclopedia del Holocausto*

**Agradecimientos:** A Enrique Herszkowich, por su asistencia y apoyo a lo largo del trabajo.

**Realizado por:** Bidad el sujita.